

destruye muchos inconvenientes, proporciona grandes ventajas, ha sido en todos tiempos una necesidad filosófica, y lo es muy principalmente en el estado actual de la ciencia.

... pero muy intimamente relacionados, en la historia y el estado: luego una ciencia en que se trata de exponer en su totalidad el Derecho social, debe hacer caminar juntos los principios de ambas sociedades, la revelada, que es el alma de la sociedad religiosa, y la recta razón, que puede mirarse como el grande instrumento de la sociedad política.

Finalmente, uniendo el Derecho natural con el positivo divino se reduce naturalmente la exposición de uno y otro punto que, siendo uno mismo en su origen, objeto, sujeto y fin, se denominan todas aquellas reflexiones, que necesariamente deberían repetirse, si se ensayaran separados, se metódica más el estudio, se pudiesen las materias en mejor forma, y con mayor propiedad: ventajas incalculables, que pueden conseguirse sin perjuicio de la separación oportuna, que en el cuerpo de las pruebas debe hacerse entre los documentos de la revelación y las deducciones evidentes de la razón humana. Debe todo esto darse como partido para creer que el autor del Derecho natural con el positivo divino

... virtualismo de una boca puesta a de una celebridad merecida. Su círculo es tan vasto como la sociedad, y sus vicisitudes no pueden calcularse sino por el grande movimiento de un siglo; las revoluciones sociales y las crisis filosóficas y políticas de los pueblos. Expresivamente han pensado los que por un extravío de método, o un refinamiento de análisis, han querido reducir la literatura al colorido del pensamiento, y a las formas del estilo: pero que ella es la sociedad misma en el estado que presenta bajo las relaciones innumerables que el talento de la palabra y de escribir tienen con los acontecimientos, los usos, las costumbres, las instituciones y las leyes.

XI.
Pasando á la Literatura, yo debo comenzar haciendo al siglo una confesión ingénuu; y digo francamente, que si el tipo de la Literatura se ha de buscar en la escuela de Diderot y de Rousseau, en la de Alejandro Dumas ó Eugenio Sue, nada tiene de comun con ella el principio teológico, ni pueden existir entre ambos otros puntos de relacion que los que haya entre la prostitucion del talento y la censura de la moral. Pero no, la Literatura tiene una extension más vasta; y por mucho que influya para bien ó para mal un talento clásico ó una imaginacion frenética, la Literatura no puede reducirse jamás al indi-

vidualismo de una boga funesta ó de una celebridad merecida. Su círculo es tan vasto como la sociedad, y sus vicisitudes no pueden calcularse sino por el grande movimiento de un siglo, las revoluciones sociales y las crisis filosóficas y políticas de los pueblos. Mezquinamente han pensado los que por un extravío de método, ó un refinamiento de análisis, han querido reducir la Literatura al colorido del pensamiento y á las formas del estilo: puesto que ella es la sociedad misma en el estado que presenta bajo las relaciones innumerables que el talento de la palabra y de escribir tienen con los acontecimientos, los usos, las costumbres, las instituciones y las formas sociales, así como también con los progresos de la civilización, los descubrimientos útiles y los adelantos científicos.

Si queremos encontrar la Literatura de un pueblo, "es necesario, dice un autor de nuestros días, ir á sorprenderla en el seno de la misma realidad, y sobre todo en la mezcla de los grandes intereses que animan al mundo político.... En este sentido, añade, la Literatura es la voz de un pueblo, es el órgano por donde manifiesta todas las necesidades de su existencia moral é intelectual; es el depósito de las ideas, de los sentimientos, de las pasiones que han agitado á

los hombres. Vínculo comun de los espíritus, intérprete de las opiniones, de los gustos, de las preocupaciones de cada generacion, la Literatura lega este depósito á las edades siguientes, convirtiéndose así en un espejo fiel que refleja sobre nosotros la imágen de los siglos que nos han precedido..... La Literatura lo mismo que las artes de un pueblo, es la expresion de su vida moral é intelectual, esto es, de todas las necesidades más grandes de nuestra naturaleza: necesidades de la imaginacion, que concibe y realiza lo bello en las artes; necesidades de la inteligencia, que busca lo verdadero en la conciencia humana para la filosofía, y en el mundo exterior para las ciencias físicas; necesidades de nuestro ser moral, que tiende á practicar el bien, á simbolizar lo infinito en la religion, y hacer pasar la idea de lo justo tanto á las instituciones como á las relaciones particulares de los hombres (1).

1. Siendo pues la Literatura la expresion de la sociedad, trasciende á ella sin duda todos los principios que en la sociedad influyen, y por

(1) ARTAUD. Art. LITTÉRATURE. Dictionnaire de la conversation et de la lecture.

consiguiente, el que tiene el principio teológico sobre las ciencias y la política, sobre la educación y sobre las costumbres, es la medida del que debe ejercer en la Literatura. ¿Cuándo dejará de ser indispensable la aplicación de los principios católicos para el progreso de las letras? Cuando la razón haya proscrito enteramente la autoridad, cuando haya entrado la división entre la política y la moral, entre la moral y la religión; cuando el ateísmo constituya la sociedad, y el deísmo la dé su forma; cuando las persuaciones sean todo, y las creencias nada; cuando la fé haya abandonado la tierra, y ya no descuelle ni una cúpula sagrada entre las moradas de los hombres. La Literatura entonces estará exenta del influjo del principio; pero, señores, vosotros comprendereis que la sociedad estaría inhabitable, y yo tengo para mí, que no existiría.

2. Pero no quiero ganar terreno en la aglomeración de estas ideas generales: desciendo con gusto á las especies. Pienso hacer más: abandono los ramos en que pudiera ser ménos controvertida la influencia del principio teológico, para ocuparme perfectamente en aquellos que parecen ménos religiosos. Dejo aparte la His-

toria, que hoy, sin los principios católicos, no podría quedar á salvo de la duda, ni aun con las solemnes protestas de Tácito, como podrán decirlo por una parte Bossuet, Rollin y Chateaubriand, y comprobarlo por otra Gibbon, Voltaire y Condorcet: prescindo de la filosofía en sus relaciones literarias: bien sabeis, que *la palabra vale tanto, como el hombre que la emplea*; y bajo este respecto, los literatos lo serán tanto como filósofos: el prestigio de una palabra ha solido desquiciar una ciencia, como una estatua de imaginación sirvió para proscribir el espíritu y anunciar la entrada del materialismo. Poco tendría que añadir en este punto á lo que ya tengo dicho sobre los filósofos. Os hablaré, pues, limitadamente de la elocuencia y de la poesía; y pienso hacer algo más, aunque no me obligue; daré unos pasos con vosotros por el terreno de las bellas artes.

3. La elocuencia de los antiguos estaba sostenida ménos por los apoyos del talento y del genio, que por el carácter de las instituciones, la magnitud de los intereses y la influencia política de la mitología pagana. Sobre todo, el amor de la patria, que llegó á ser en las principales épocas un sentimiento exclusivo, se adunaba

muy bien con la moral de entónces, y mezclándose casi imperceptiblemente en todas las escenas de la sociedad, dió aquel temple único, por explicarme así, de vehemencia y de ternura no ménos á la imaginacion que á las pasiones; el cual fné suficiente para colocar en el primer rango á los insignes oradores de las antiguas repúblicas. Pero despues que la filosofía, debilitando las creencias y relajando las costumbres, introdujo en la sociedad una especie de epicureismo político no muy diverso del positivismo de nuestros tiempos, la elocuencia, desprovista ya de los grandes pensamientos y de las pasiones heróicas, empezó á padecer una consunsion semejante á la sociedad; y si no pereció del todo, es porque el despotismo de los emperadores creó para ella una plaza en el Estado, encargándola de suplir con sus hipérboles la gloria que ellos no habian podido conquistar por sus virtudes. La elocuencia antigua habia concluido pues, antes con mucho que apareciese la sociedad moderna, y estaba por tanto en el caso de renacer, como todo lo demas, bajo el influjo creador y reparador del cristianismo.

Bajo este punto de vista debemos colocarnos, para estudiar las relaciones del principio teoló-

gico con la elocuencia. Es necesario verla brotar, como de la nada, juntamente con la poesía y las bellas artes, de entre un campo inmenso poblado de ruinas y de escombros, al calor fecundo de la religion, y bajo la accion laboriosa de la Iglesia católica.

Si la elocuencia es el arte de hacer pasar á la práctica los sabios documentos de la verdad y las benignas y dulces inspiraciones de la virtud, podrá, señores, desgajarse en sus varias especies, segun la diversidad de los intereses bien entendidos á cuyo arreglo y custodia deben estar consagrados los diferentes frutos de las ciencias; pero nunca dejará de ser, bajo la pena de perder su naturaleza y de extraviar su curso, verdad en sus principios y en sus medios, virtud en sus resultados, felicidad sólida y duradera en sus fines. Pues bien, señores, este triple tesoro, grite cuanto quiera la pobre y desesperada filosofía, ha sido, es y no dejará de ser nunca, un patrimonio exclusivo de la Iglesia, y, no os sorprendais, el verdadero, el único elemento de la libertad. ¿Cuál de estas cosas se nos disputará? ¿Acaso que la verdad, la virtud y la felicidad, son al mismo tiempo los caractéres y los títulos esenciales únicos de poder, de magnificencia, de

grandeza y de gloria que tiene la elocuencia? Este seria el más bello triunfo para nuestro principio. Pero no, la filosofía más prostituida todavía presume de poseer, ó de buscar por lo ménos, aquellas tres cosas, y todavía se aduna con la imaginacion y el sentimiento, para mendigar las recompensas de la elocuencia. El lector sensato se ofende de tanta procacidad; pero los novelistas de hoy nunca dejan de anunciarse, como los bienhechores del género humano. Yo se los agradezco; porque al fin, su hipocresía me allana un poco el paso, para no detenerme más en el desarrollo de estas ideas.

Si la virtud, la virtud y la felicidad son, como acaba de verse y se ha inculcado en todos los siglos, aun entrando el paganismo, por los más insignes maestros del arte, si son, repito, los elementos, los destinos y los fines de la elocuencia, ¿cómo, señores, podrían cortarse con ella las relaciones naturales del principio teológico? La verdad, señores, está en Dios, la felicidad solo puede hallarse en Dios. Y no os imagineis, que hablando de esta suerte, quiero forzar vuestra inteligencia á no salir del terreno del acetismo: nada ménos: bien me abstendria de llamaros hasta Dios, si él no fuera el principio y el fin; si

dentro de este principio cardinal* y este fin último solo pudiera tirarse la línea que recorren las virtudes teologales, y si pudiera concebirse un solo objeto capaz de dirigirse y tocar á la perfeccion, sin caminar por esta línea.

Pero en fin, la elocuencia es toda moral, porque se dirige á todo y solo el hombre: las facultades del entendimiento, los resortes de la voluntad, he aquí su materia: la sociedad, hé aquí su teatro; los intereses bien entendidos, hé aquí su resorte; el órden y la felicidad pública, hé aquí sus miras. Pues bien, la moral es nada ménos que el principio teológico en sus leyes, en sus máximas, en su parte práctica, en la esfera de su accion. No hay poder tan vehemente como el de la elocuencia, y por tanto, no hay resorte más enérgico para la sociedad. ¿Por qué la prensa puede consolidar los gobiernos ó derrocar las instituciones? Porque la elocuencia domina las pasiones, y las pasiones mueven al mundo. Será ella, por tanto, un poder tiránico ó un poder benéfico y regulador. ¿Cómo caracterizar, pues, este influjo? Tomando los dos puntos extremos de la línea que recorre. ¿Parte de la moral? ¿tiende á la virtud? Señores, en este caso la solucion pertenece por entero á la dicha

de los estados. Pero si no es así, la elocuencia es un poder anárquico, es un torrente de fuego precipitándose sobre un campo lleno de combustibles.

Dar un principio noble, un objeto digno y una sabia dirección á los vehementes impulsos de la voluntad humana, tal es el genio de la elocuencia. La moral tiene la soberanía sin duda, porque encierra la ley y la sancion; pero la elocuencia será siempre su primer ministro. La elocuencia, pues, desarrolla un poder. ¿Quereis medir su extension, computad su fuerza motriz. ¿Es la moral filosófica? el movimiento será tortuoso, parcial, precario: porque, como ha dicho un filósofo, *el amor exagerado de sí mismo será siempre el peor enemigo del amor de los otros.* ¿Es la moral verdadera? El movimiento será perpetuo, el orden estable, la economía perfecta y la marcha regular y constante; porque si una moral que se funda en los intereses, es esencialmente egoísta, una moral que se funda en los sacrificios, es esencialmente social.

Pero vengamos á los modelos: desde luego se nos anuncia una cuestion muy importante. ¿La elocuencia moderna se ha elevado sobre la elo-

cuencia antigua? ¿Es igual, ó es inferior á ella? Para resolver esta cuestion, permitidme, señores, que poniendo aparte nuestros principios católicos, con esa imponente galería de obras maestras que ellos han creado, espere que la filosofía conteste, sacando á plaza sus declamaciones y sus novelas; y yo creo, que la solucion será muy humillante para la sociedad moderna. Pero contad con el principio teológico, y digan lo que quieran sus enemigos, vereis á la elocuencia en todos sus géneros elevada por el influjo de la Iglesia hasta una altura que ni columbrar pudo la sábia antigüedad.

Yo no me ocuparé por decontado en la cita de los grandes nombres; no llamaré vuestra atención hácia los siglos del oro del cristianismo; tampoco me empeñaré en deteneros á contemplar las épocas ilustres que siguieron al renacimiento de las letras; no os presentaré el bello contraste que ofrece la lengua griega en los oradores del cristianismo, con la miserable languidez con que hoy se arrastra en esas naciones que no han querido dejarla en el catálogo de las lenguas muertas: porque en cuestiones de esta naturaleza, es preciso abandonar el individualismo de los hombres célebres, para poder mirar

frente á frente el movimiento general de las ideas, el carácter de los siglos y de las naciones. Básteme decir sobre este punto, que si al hacer la sociedad su transición á nuestra Era, hubiese contado solo con los elementos antiguos de parte del talento, y con el teatro moderno, es seguro, no lo dudeis, que se hubiera debilitado y aun extinguido hasta el interés de sus primitivos recuerdos. La idea de estar más adelante, porque se ha venido despues, podrá ser un brillante sofisma, pero nunca un sólido argumento. ¿Queréis una prueba? Decidme, pues, si pudiera hombrarse la elocuencia de los tiempos de Séneca, con la elocuencia misma en la época de Marco Tulio, de Cesar y Canton.

¿Dónde están las ventajas de la elocuencia moderna sobre la elocuencia antigua? Señores, primero, en el pensamiento; segundo, en los medios de persuadir; tercero, en la extensión de su objeto; cuarto, en la importancia de sus resultados. No creo que haya uno solo capaz de oponer el saber antiguo al saber moderno. En este punto no puede haber cuestión. Filosofía, Moral, Política, Legislación, &c., todo ha cambiado, haciendo una transición de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida. Tratándose del saber, no en-

cuentro tanto orgullo, ni un carácter tan paradójico en el célebre escritor, que sorprendido á la vista de la magnificencia y brillo con que se presentan las ciencias, las letras y las artes, en las más ilustres épocas modernas, no volvió una mirada hácia la antigüedad, sino para manifestarnos, que habia encontrado á Atenas *salvaje* y á Roma *bárbara* (1). Pero este saber, que consiste todo en el gran cuerpo de las doctrinas, no es más que el resultado consiguiente á ese movimiento sublime que ha traído la razón del cristianismo girando sobre los dos polos de la inteligencia y la fé.

Los medios de persuadir, esto es, los argumentos, las costumbres y las pasiones, han debido modificarse mucho en la sociedad moderna; y esta modificación, aunque no puede negarse que es poco favorable para excitar con viveza las pasiones, es inconcusamente más racional, más filosófica, más digna y más conforme á los grandes fines de la elocuencia.

¿Qué se necesita, decia Buffon, para arrebatarse de sí á la muchedumbre vulgar de todo un

(1) SEGUR. Mémoires, et souvenirs. T. 1.